

ANTONIO LOZANO

LO LEO

MUY
MUY



NEGRO

TRAVESÍAS POR CRÍMENES
REALES E IMAGINARIOS

DESTINO

Antonio Lozano

Lo leo muy negro

Travesías por crímenes reales e imaginarios

© Antonio Lozano, 2021

© Editorial Planeta, S. A. (2021)
Ediciones Destino es un sello de Editorial Planeta, S. A.
Diagonal, 662-664. 08034 Barcelona
www.edestino.es
www.planetadelibros.com

© de la portada de Belarski, Colección Particular, AESA
© de la ilustración de *Los crímenes de la calle Morgue*, grabado de Meaulle;
Patrice Cartier / Bridgeman Images / ACI
© del fotograma de *El imperio contraataca*, LUCASFILM / 20TH CENTURY FOX /
Album
© de la imagen de *True Detective*, HBO / Album

Primera edición: enero de 2021

ISBN: 978-84-233-5860-1
Depósito legal: B. 20.448-2020
Preimpresión: Realización Planeta
Impreso por CPI (Barcelona)
Impreso en España - *Printed in Spain*

El papel utilizado para la impresión de este libro está calificado como **papel ecológico** y procede de bosques gestionados de manera **sostenible**.

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea este electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Art. 270 y siguientes del Código Penal).
Dirijase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra. Puede contactar con CEDRO a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47.

ÍNDICE

Nota del autor	15
Prólogo	17

UN POCO DE HISTORIA

Ficción versus Realidad (o sobre orangutanes y monstruos)	27
Sobre masas y estuches, <i>flâneurs</i> y detectives	31
El pulso por la primera novela detectivesca	34
El club que prohibía los chinos misteriosos, las revelaciones divinas y la intuición femenina.	37
El tercer grado	40
De Hitler a Mad Bomber: los albores del <i>profiling</i>	43
<i>Mindhunter</i> o vamos a entender al monstruo.	47
El cadáver que nunca muere.	51

GRANDES CLÁSICOS

Truman Capote: y Fausto te concederá una obra maestra .	59
Dashiell Hammett I: una historia de palizas, dientes arrancados, un millón de dólares dilapidados y una sequía criminal	62
Dashiell Hammett II: cuando un chino comienza a disparar y la parábola de Flitcraft	65

Un cocainómano llamado Sherlock	68
Philip Marlowe: el detective eterno	70
Leigh Brackett: Marte, mujeres fatales, vaqueros y papá Darth Vader	73
James Bond: de agente soso a celebridad pop	76
El blues de Charles Willeford o cómo la vida no es más que un chiste macabro	80
Simenon o cómo escribir novelas sin crepúsculos en once días	86
Jim Thompson y los asesinos dentro de sí	89
La apertura Chase	93
El asesino a sueldo más patético de la historia	96
Carter: un cabrón inolvidable	99
El singular caso de la educación criminal argentina I	102
El singular caso de la educación criminal argentina II	105
Psicosis, asesinatos pactados y globos	107
Cuentos chinos I	110
Cuentos chinos II: Chinatown y el detective de la nariz tajada	114

COSAS QUE APRENDÍ GRACIAS A LA NOVELA NEGRA
Y AL ENSAYO SOBRE EL GÉNERO

El crimen perfecto existe	123
El secreto para atracar con éxito un banco	125
Negros y género negro I	127
Negros y género negro II	130
Islandia: elfos, tormentas y muertos imposibles	135
Información de su interés	139

CUANDO LA REALIDAD SUPERA A LA FICCIÓN

Los siete detectives de la New York Public Library	149
La verdad sobre el síndrome de Estocolmo	152

Cadáveres diminutos	156
<i>Yakuzas</i> metidos a detectives	159
Un rufián llamado Rufus	162
¡Cuánta razón, Karl!	165
Cuando convertirse en momia era una obra de arte	168
Petrosino: azote de la mafia	170

FUNDIDO A NEGRO: CRIMEN Y PANTALLAS

Sherlock Holmes: ayer y hoy de una adorable máquina pedante.	179
Dorothy B. Hughes; los ojos de un asesino y una traición hollywoodense	182
El profundo feminismo de <i>True Detective</i>	186
Están los polis, están los jueces y luego está Jack Bauer . . .	190
<i>Shutter Island</i> : lenguaje, psicoanálisis y... ¿absolución? . . .	193
<i>Making a Murderer</i> o el documentalismo justiciero	196
Lo bien que le habría ido a Philip Marlowe si se hubiese drogado o el detective privado según Thomas Pynchon	200
Tras la explotación, cameos	203
David Mamet: las buenas palabras y un arma	207
<i>The Sinner</i> o una posible reencarnación del padre Brown .	210

ASESINOS EN SERIE

Ni sibaritas ni criptógrafos: curso acelerado sobre asesinos en serie	220
«Desalojadores» de cuerpos	223
Curiosidades (ciertamente morbosas)	226
Dennis Rader o el asesino que se resistía a los <i>profilers</i> . . .	229
Unos psicópatas llamados Barbie y Ken	234
Ray Celestin: jazz o muerte	237
«Lo conseguiste, Michelle»	241

«¡A por esos jodidos cerdos!»: cincuenta años de los crímenes de la Familia Manson	245
---	-----

COSECHA ROJA

Retratos	257
Ases del crimen	315

LOS PUNTOS NEGROS DEL GÉNERO NEGRO

<i>Pulp fiction I</i>	345
<i>Pulp fiction II</i>	350
Muerte a la testosterona.	352
Trampas del marketing y trampas narrativas: el lado oscuro del <i>domestic noir</i>	355
En verano, <i>thriller</i> de centro.	358
Abrir o cerrar la puerta a lo desconocido	361

LA TÉCNICA ES EL ARMA

Calzado de neopreno para perros.	369
Vendrá la muerte y quedará en tus ojos	373
Descifrar la sangre	376
Fuego camina conmigo.	379
Crear o no creer	382
El último vaso de leche de Michael Jackson	385
Epílogo.	389
Agradecimientos.	395
Fuentes.	397
Índice onomástico	407

FICCIÓN VERSUS REALIDAD (O SOBRE ORANGUTANES Y MONSTRUOS)

Al contrario que en el pensamiento cristiano, en el género negro primero estuvo la realidad y luego llegó el Verbo.

Edgar Allan Poe no habría creado a su detective Auguste Dupin si antes no hubiera existido Eugène-François Vidocq (1775-1857), criminal reconvertido primero en confidente de la policía y más tarde en jefe de la Sûreté y director de la primera agencia privada de detectives, el Bureau des Renseignements, en 1827 (amigo de Balzac y Victor Hugo, Vidocq firmó —que no escribió— unas memorias de las que ambos bebieran a la hora de retratar a las clases bajas parisinas).

Edgar Allan Poe no habría imaginado *Los crímenes de la calle Morgue* (publicado en abril de 1841 en *Graham's Magazine*), relato seminal del ámbito detectivesco, si no hubiera llegado a sus oídos la conmoción que había causado la exhibición de un orangután en el Masonic Hall de Filadelfia entre agosto y septiembre de 1839, episodio que recoge Vidocq en sus memorias. Cuando ve la luz la historia del simio asesino que permite a su detective Auguste Dupin exonerar a un oficinista de banca, falsamente acusado de la muerte de una anciana y una niña, hace mucho que ha arraigado una psicosis colectiva ante la sensación de que las desbordadas, pestilentes y gigantescas urbes son nidos de víboras, trampas mortales; en cada esquina, un cuchillo afilado; en cada mesa, un plato envenenado. Desde 1813 París cuenta con un cuerpo de seguridad, la Sûreté Nationale, sancionado por Napoleón

Bonaparte y comandado por Vidocq. Más que un departamento de policía tal y como lo entendemos hoy, se trataba de una estructura paramilitar centrada en la defensa de la monarquía y del orden público —Berlín contaba por esa época con una organización similar—, es decir, que neutralizaba cualquier conato de rebelión o revolución, despreocupándose del crimen propiamente dicho. Habrá que esperar hasta 1829 para que Londres inaugure la primera fuerza policial moderna de Occidente con la creación de la London Metropolitan Police, mientras que, más o menos en paralelo, sus colegas al otro lado del Atlántico incorporan métodos científicos en sus investigaciones. En la profesionalización de los cuerpos de policía late un elemento profundamente clasista: las clases medias surgidas de la revolución industrial se sienten amenazadas por las clases pobres, por esa caterva pestilente de «urbanitas pobres, empleados de fábrica, sirvientas, plagas de alcoholizados por la ginebra, prostitutas, huérfanos, mendigos, madres solteras, vagabundos y sin techo —tal y como apunta Peter Vronsky en su ensayo *Hijos de Caín. Una historia de los asesinos en serie*—. Las personas desesperadas y marginadas eran temidas y repudiadas por las crecientes clases media y alta, lo que empujó a la formación de las fuerzas policiales; su razón de ser consistía en proteger a los acaudalados de las clases bajas, no a las clases bajas».

Pero la prevención del cuerpo legal (el trueno) va siempre por detrás de la inventiva del cuerpo criminal (el relámpago), por lo que el pavor ciudadano, ante el bombardeo constante de historias truculentas en los diarios, no se aplacaría. Además, en la década de los treinta del siglo XIX comienzan a circular los *penny dreadful*, hojas de noticias semanales en torno a crímenes que llegan al gran público gracias a su bajo precio, cuando antes solo lo hacían por medio de «los relatos orales, obras de teatro griegas o isabelinas, panfletos de edición limitada o libros al alcance de muy pocos bolsillos —señala Vronsky—. Estamos en los albores de los medios de comunicación de masas y del género del *true crime*». Y, como

hemos visto en el caso de Poe, si la realidad que reflejan las secciones de sucesos de la prensa escrita es macabra e insoportable, también alimenta las ficciones y supone un acicate para la inventiva de perfil perturbador.

Ahora que el *true crime* vuelve a estar de actualidad, no cabe olvidar que sus raíces son lejanas y periodísticas, y que se produjo un salto natural de esta crónica negra recogida en diarios y revistas, sobre todo anglosajones, al formato del libro a partir de la primera mitad del siglo xx. La calidad y la exigencia dispares de los títulos que se publican hoy se encuentran ya en los orígenes, pues los medios en los que aparecían estas crónicas iban desde el periódico sensacionalista que se vendía a un penique al pueblo llano hasta las revistas ilustradas dirigidas a capas más adineradas y sofisticadas de la sociedad. Ambas fuentes, de todos modos, se nutrían por lo general del seguimiento que los periodistas y los escritores llevaban a cabo de las sesiones públicas de juicios que habían despertado un gran revuelo.

Como nos recuerda Joyce Carol Oates en su artículo «The Mystery of JonBenét Ramsey» para *The New York Review of Books*, el antecedente más notable del género cabe encontrarlo en las crónicas periodísticas del criminólogo aficionado William Roughead, quien entre 1889 y 1949 asistió a todos los juicios por asesinato celebrados en el Tribunal Superior de Justicia de Edimburgo, firmando crónicas en revistas especializadas que luego se recogían en formato de libro y se convertían en un bestseller tras otro.

El *true crime* ha experimentado luego toda suerte de ampliaciones, desvíos, mutaciones y degradaciones (por ejemplo, con multitud de títulos de «usar y tirar» al hilo de casos como el asesinato de la Dalia Negra, los de la secta de Charles Manson o el de O. J. Simpson). La televisión le ha otorgado hoy un nuevo impulso, tanto por abajo (programas de bajo presupuesto y de espíritu morboso de reconstrucción de crímenes para espectadores noctámbulos) como, sobre todo, por arriba, con docuseries de gran presupuesto y laboriosos equipos de investigación detrás.

¿Pero qué nos ofrece un *true crime*? Si ya leemos en parte novela negra para ver reflejada o exorcizada esa carga oscura o ese impulso dionisiaco que todos llevamos dentro de alguna manera, aquel acude a la realidad para (re)confirmarnos que esas intuiciones incómodas son ciertas y tangibles. Además, leyendo libros como *El asesino sin rostro* de Michelle McNamara descubrimos que buena parte de los clichés de las ficciones policíacas en cualquier formato son espeluznantemente ciertas: por ejemplo, el violador y asesino en serie apodado Golden State Killer vigilaba las rutinas de sus víctimas y llegaba a entrar en sus casas aprovechando su ausencia para apoderarse de algún objeto con fines fetichistas. Igual que Edgar Allan Poe echó mano de un orangután real para un cuento, novelistas y guionistas de cine y televisión recurren sin descanso a monstruos de carne y hueso para crear pesadillas de entretenimiento masivo. El *true crime* nos recuerda que no hay bestia del mundo imaginario que la realidad no haya sabido anticipar.

